

Dinam**HIKA** teatro  
(Aula de dramatización de Nexoteatro)



# ANTÍGONA

de Sófocles

Adaptación de Ricardo Padilla



## **PERSONAJES**

Coro

*Antígona, hija de Edipo y Yocasta*

*Ismena, hermana de Antígona*

**BANDO**

Creonte

2 Guardiánes

*Hemón, hijo de Creonte y Eurídice*

*Tiresias, adivino*

Eurídice



## CUADRO PRIMERO

**BANDO:** ¡Rayos del Sol naciente! ¡Oh tú, la más bella de las luces que jamás ha brillado sobre Tebas, la de las siete puertas! Por fin has lucido. Has obligado a emprender la fuga al guerrero de blanco escudo, que vino de Argos, armado con todas sus armas. «Este ejército que había levantado Polinice en nuestra contra, excitado por equívocas discordias, se abatió sobre nuestro país. Con sus blancos escudos, con sus cascos adornados con crines de caballos, puso en movimiento a un gran ejército y planeó el ataque sobre nuestros hogares, rodeando las siete puertas de nuestra ciudad».

Pero llegado el momento, hubo de marcharse sin poder saciar su sed de sangre, y antes de que *Hefesto*<sup>1</sup> y sus teas resinosas prendiesen sus llamas en las torres de la ciudad; tan estruendoso fue el estrépito de Ares, que resonó a espaldas de los argivos<sup>2</sup>, siendo sorprendidos por la retaguardia.

## CUADRO SEGUNDO

*El Ágora de Tebas, ante la puerta del palacio de CREONTE. Por la noche, los argivos, mandados por POLINICE, han sido derrotados y han huido. Despunta el día. En escena, ANTIGONA e ISMENA.*

**ANTIGONA:** Ismena, querida hermana, que compartes conmigo las desventuras que Edipo nos legó. ¿Sabes de una sola desgracia que Zeus no nos haya enviado desde que vinimos al mundo?

Desde luego, no hay dolor ni maldición ni vergüenza ni deshonor alguno que no pueda contarse en el número de tus desdichas y de las mías. Y hoy, ¿qué edicto es ese que nuestro jefe, según dicen, acaba de promulgar para todo el pueblo? ¿Has oído hablar de él?

**ISMENA:** No he tenido ninguna noticia desde que nos vimos privadas de nuestros hermanos, que en un solo día murieron el uno a manos del otro. Después de la desaparición del ejército de los argivos no sé absolutamente nada que me haga ni más feliz ni más desgraciada.

---

<sup>1</sup> En la mitología griega, **Hefesto** (en griego *Ἥφαιστος* *Hêphaistos*, quizá de *φαίνω phainô*, 'brillar') es el dios del fuego y la forja, así como de los herreros, los artesanos, los escultores, los metales y la metalurgia.

<sup>2</sup> **Natural de Argos**, ciudad de Grecia del Peloponeso

ANTÍGONA: Estaba segura de ello, y por eso te he hecho salir de palacio para que podamos estar a solas.

ISMENA: ¿Qué sucede?

ANTIGONA: Nuestro tío ha decidido dar honores de sepultura a Etéocles y ha mandado enterrarlo para que sea honrado. Pero en lo tocante al cuerpo del Polinice, también se dice que ha hecho pública una orden en la que se le prohíbe dar enterramiento y que se le llore. Cualquiera que infrinja su orden, morirá lapidado por el pueblo. Pronto vas a tener que demostrar si has nacido de sangre generosa.

ISMENA: Pero si las cosas están dispuestas así ¿qué gano desobedeciendo o acatando esas órdenes?

ANTÍGONA: ¿Me ayudarás?

ISMENA: ¿A qué riesgo vas a exponerte? ¿Qué es lo que piensas?

ANTÍGONA: ¿Me ayudarás a levantar el cadáver?

ISMENA: Pero ¿de verdad piensas darle sepultura?

ANTÍGONA: Es mi hermano y también es el tuyo, lo quieras o no.

ISMENA: ¡Desgraciada! ¿A pesar de la prohibición de Creonte?

ANTÍGONA: No tiene ningún derecho a privarme de los míos.

ISMENA: Piensa en nuestro padre, que murió cargado de odio. Después de descubrir sus pecados, se reventó los ojos con sus propias manos. Y luego su madre (y su mujer, pues eran las dos a la vez), puso fin a su vida con las trenzas de un cordón. Y ahora mira, cómo nuestros hermanos, en un solo día, se han dado muerte el uno al otro, con sus propias manos.

Ahora que nos hemos quedado solas, piensa en la muerte que nos espera si desafiamos el edicto del tirano... Además somos mujeres y, como tales, no podemos luchar contra los hombres... Estamos sometidas a gentes más poderosas y por tanto debemos obedecer.

En lo que a mí se refiere (ruego a nuestros muertos que están bajo tierra que me perdonen), obedeceré a los que están en el poder, ya que querer emprender lo que sobrepasa nuestra fuerza no tiene sentido.

ANTIGONA: No insistiré. Haz lo que quieras. Enterraré a Polinice. Será hermoso para mí morir cumpliendo ese deber. Así reposaré al amado hermano que siempre ha sido; rebelde y santa por cumplir con mi deber. Tú, si te parece, desprecia lo que para los dioses es lo más sagrado.

ISMENA: No desprecio nada; pero no dispongo de recursos para actuar en contra de las leyes de la ciudad.

ANTÍGONA: Eso es un pretexto.

ISMENA: ¡Ay, desgraciada! ¡Qué miedo siento por ti!

ANTÍGONA: No lo tengas. Preocúpate de tu propia vida.

ISMENA: Pero por lo menos no se lo digas a nadie. Mantenlo secreto; yo haré lo mismo.

ANTÍGONA: Yo no. Dilo en todas partes. Me serías más odiosa callando.

ISMENA: Tienes un corazón de fuego que hiela de espanto.

ANTÍGONA: Sé que soy grata a quienes me importa agradar.

ISMENA: Si al menos pudieras tener éxito... Te apasionas por un imposible.

ANTÍGONA: Pues bien, ¡cuando mis fuerzas desmayen lo dejaré!

ISMENA: Pero no hay que perseguir lo imposible.

ANTÍGONA: Si sigues hablando así, serás el blanco de mi odio y te harás odiosa al muerto a cuyo lado estarás algún día. Déjame con mi temeridad afrontar este peligro, ya que nada me sería más intolerable que morir sin gloria.

ISMENA: Pues si estás tan decidida, sigue. Sin embargo, ten presente una cosa: te embarcas en una aventura insensata, aunque actúes como la verdadera amiga de los que te son queridos.

*ANTÍGONA se aleja; ISMENA entra al palacio.*

## CUADRO TERCERO

**BANDO:** Zeus, en efecto, aborrece las bravatas de una lengua orgullosa; y cuando vio a los argivos avanzar, arrogantes, con sus doradas armas, abatió al hombre que, en lo alto de las almenas, se preparaba ya para entonar himnos de victoria.

A pesar de que los vientos soplaban en contra, el gran Ares<sup>1</sup>, nuestro propicio aliado, les infligió una dura derrota.

Los siete jefes apostados ante las siete puertas, enfrentándose con los otros siete, dejaron como ofrenda a Zeus, victorioso, el tributo de sus armas de bronce. Todos huyeron, salvo los dos desgraciados que, nacidos de un mismo padre y de una misma madre, enfrentaron sus lanzas soberanas, alcanzando la misma suerte.

“La guerra ha terminado. Olvidémosla. Vayamos con nocturnos coros, que se prolongan en la noche, a todos los templos de los dioses; y que Baco<sup>2</sup>, que con sus pasos hace vibrar nuestra tierra, sea nuestro guía”.

Pero he aquí que llega Creonte, hijo de Meneceo<sup>3</sup>, nuevo rey del país en virtud de los acontecimientos que los dioses acaban de promover.

¿Qué proyecto se agita en su espíritu para que haya convocado, por heraldo público, una asamblea?

*Entra CREONTE con numeroso séquito.*

**CREONTE:** Ciudadanos: los dioses, después de haber agitado la ciudad, le han devuelto la calma. Os han convocado aquí mis mensajeros porque me es conocida vuestra constante y respetuosa sumisión al *trono de Layo*<sup>4</sup>, y vuestra devoción a Edipo mientras rigió la ciudad, así como cuando, ya muerto, os conservasteis fieles a sus hijos.

---

<sup>1</sup> En la mitología griega, **Ares** (*en griego antiguo Ἄρης*) se considera el dios olímpico de la guerra, aunque es más bien la personificación de la brutalidad y la violencia, así como del tumulto, confusión y horrores de las batallas,<sup>1</sup> en contraposición a su hermanastra Atenea, que representa la meditación y sabiduría en los asuntos de la guerra y protege a los humanos de sus estragos..

<sup>2</sup> Fue también conocido como **Dioniso**, **Baco** (*en griego antiguo Βάκχος Bakkhos*) es el dios de la vendimia y el vino, inspirador de la locura ritual y el éxtasis, y un personaje importante de la mitología griega. Aunque los orígenes geográficos de su culto son desconocidos, casi todas las tragedias lo presentan como «extranjero».

<sup>3</sup> **Meneceo**, hijo de Penteo, es el padre de Creonte y Yocasta, y por tanto abuelo y suegro de Edipo.

<sup>4</sup> En la mitología griega, **el rey Layo** (*en griego antiguo Λάϊος, Láios*) de Tebas era un héroe divino y un personaje clave en el mito de la fundación de Tebas.



Ahora, cuando éstos, por doble fatalidad, han muerto el mismo día, al herir y ser heridos con sus propias manos fratricidas, quedo yo, dueño del poder y del trono de Tebas, de ahora en adelante, por ser su pariente más cercano.

Ahora bien, es imposible conocer el alma, sentimientos o pensamiento de un hombre hasta que no se le ve en el ejercicio del poder.

Por mi parte considero, hoy como ayer, un mal gobernante al que no sabe adoptar las decisiones más cuerdas y deja que los miedos le encadenen la lengua; y al que estime más a un amigo que a su propia patria, lo tengo como un ser despreciable.

¡Que Zeus eterno, escrutador de todas las cosas, me oiga! Jamás pasaré en silencio el daño que amenaza a mis ciudadanos, y nunca tendré por amigo a un enemigo del país. Creo, en efecto, que la salvación de la patria es nuestra salvación y que nunca nos faltarán amigos mientras nuestra nave camine gobernada con recto timón.

Apoyándome en tales principios, pienso lograr que esta ciudad florezca; y guiado por ellos, acabo de proclamar un edicto en referencia a los hijos de Edipo:

“A Etéocles, que halló la muerte combatiendo por la ciudad con un valor que nadie igualó, ordeno que se le entierre en un sepulcro y se le hagan y ofrezcan todos los sacrificios expiatorios que acompañan a quienes mueren de una manera gloriosa. Por el contrario, a su hermano, Polinice, el desterrado que volvió del exilio con ánimo de trastornar el país y los dioses familiares, y con la voluntad de saciarse con vuestra sangre y reduciros a la condición de esclavos, queda públicamente prohibido a toda la ciudad honrarlo con una tumba y llorarlo. ¡Que se le deje insepulto, y que su cuerpo quede expuesto ignominiosamente para que sirva de pasto a las aves y a los perros!”

Nunca los malvados obtendrán de mí estimación mayor que los hombres de bien. En cambio, quienquiera que se muestre celoso del bien de la ciudad, ése hallará en mí, durante su vida como después de su muerte, todos los honores que se deben a los hombres de bien.

**BANDO:** Tales son las disposiciones, Creonte, hijo de Meneceo, que te place tomar tanto respecto del amigo como del enemigo del país. Eres dueño de hacer prevalecer tu voluntad, tanto sobre los que han muerto como sobre los que vivimos.

CREONTE: Ya hay guardias colocados cerca del cadáver.

BANDO: ¿Necesita algo más, majestad?

CREONTE: Sí. Sed inflexibles con los que infrinjan mis órdenes.

BANDO: Nadie será lo bastante loco como para desear la muerte.

CREONTE: Así es. Pero por las esperanzas que despierta el lucro se pierden a menudo los hombres.

*Llega un MENSAJERO, uno de los guardianes colocados cerca del cadáver de Polinice. Después de muchas vacilaciones, se decide a hablar.*

GUARDIÁN: Rey, no diré que llego así, sin aliento, por haber venido de prisa y con pies ligeros, porque varias veces me he tenido que detener a pensar, y al volver a andar, he vuelto a parar y a desandar el camino. Me decía: “Desgraciado, ¿por qué vas a donde serás castigado apenas llegues? ¡Infortunado! Si Creonte se entera por otro de lo que vas a decirle, ¿cómo podrías escapar al castigo?”

De este modo, un camino corto se convierte en un trayecto largo. Al fin, sin embargo, me decidí a venir aquí y comparecer ante ti. Y aunque no pueda explicar nada, hablaré a pesar de ello, pues vengo movido por la esperanza de sufrir tan sólo lo que el Destino haya decretado.

CREONTE: ¿Qué sucede? ¿Qué es lo que te tiene tan desorientado? ¡Cuánta prudencia y cuántas precauciones tomas!

GUARDIÁN: Cuesta mucho trabajo decir las cosas desagradables.

CREONTE: Bueno, ¿hablarás al fin y dirás tu mensaje para aliviarte de él?

GUARDIÁN: Un desconocido, después de haber sepultado al muerto, ha esparcido sobre su cuerpo un árido polvo, ha cumplido los ritos necesarios y ha huido hace rato.

CREONTE: ¿Qué dices? ¿Quién ha sido el imprudente?

GUARDIÁN: No lo sé. Allí no hay rastro, ni el suelo está removido. La tierra está dura, intacta, y no hay marcas de carro.

El culpable no ha dejado indicios. Cuando el primer centinela de la mañana dio la noticia el hecho nos sorprendió; el cadáver aparecía solamente cubierto con un polvo fino, como si se lo hubieran echado para evitar una profanación. Ni rastro de fieras ni de perros. Una lluvia de insultos lanzamos los unos contra los otros. Cada centinela echaba la culpa al otro, y casi llegamos a las manos sin que nadie pudiera impedirlo. Cada cual sospechaba del otro, pero todos negaban y todos decían que no sabían nada.

Como nuestras pesquisas no conducían a nada, uno de nosotros opinó que había que comunicarte lo que pasaba y no ocultarlo. Fui yo, desgraciado de mí, a quien la suerte designó para venir hasta aquí y contarlo.

**BANDO:** Rey, desde hace tiempo mi alma se pregunta si este acontecimiento no habrá sido dispuesto por los dioses.

**CREONTE:** Cállate. Dices cosas intolerables. ¿Podrían los dioses, al darle tierra, premiar como bienhechor al que vino a incendiar sus templos y a quemar las ofrendas que se les hacen y a trastornar el país y sus leyes? ¿Cuándo has visto tú que los dioses honren a los malvados?

Desde hace tiempo algunos ciudadanos se someten con dificultad a mis órdenes y murmuran en contra mía moviendo la cabeza. Son estas gentes, lo sé, las que habrán sobornado a los centinelas.

De todas las instituciones humanas, ninguna como la del dinero trajo a los hombres consecuencias más funestas. Es el dinero el que devasta las ciudades, el que echa a los hombres de los hogares, el que seduce las almas virtuosas y las incita a acciones vergonzosas; es el dinero el que en todas las épocas ha hecho a los hombres cometer todas las perfidias. Pero los que, dejándose corromper, han cometido esta mala acción, tendrán su castigo.

Porque tan cierto como que Zeus sigue siendo el objeto de mi veneración, tenlo entendido, y te lo digo bajo juramento, que si no encontráis, y traéis aquí, ante mis ojos, a aquel cuyas manos hicieron esos funerales, seréis colgados vivos hasta que descubráis al culpable y conozcáis así de dónde hay que esperar sacar provecho y aprendáis que no se debe querer sacar ganancia de todo, y veréis entonces que los beneficios ilícitos han perdido a más gente que la que han salvado.

GUARDIÁN: ¿Puedo, mi señor, decir algo?

CREONTE: ¿No sabes qué insoportables me resultan tus palabras?

GUARDIÁN: ¿Es que ellas muerden tus oídos o tu corazón?

CREONTE: ¿Por qué quieres precisar el lugar de mi dolor?

GUARDIÁN: El culpable aflige tu alma; yo no hago más que ofender tus oídos.

CREONTE: ¡Vaya! ¡Resulta que eres un charlatán!

GUARDIÁN: No he sido yo quien ha cometido ese crimen.

CREONTE: Pero, ya que por dinero has vendido tu alma... Si no me traéis a los autores del delito, tendréis que reconocer, a no tardar, que las ganancias que envilecen causan graves perjuicios.

*El GUARDIÁN se retira.*

## CUADRO CUARTO

*Sobre el cadáver de POLINICE, ANTÍGONA echa tierra y realiza un ritual funerario con una jarra de bronce.*

## CUADRO QUINTO

*Llega de nuevo el CENTINELA trayendo atada a ANTÍGONA.*

BANDO: ¡Qué increíble y sorprendente prodigio! ¿Cómo dudar, pues la reconozco, que sea la joven Antígona? ¡Desdichada hija del desgraciado Edipo! ¿Qué pasa? ¿Te traen porque has infringido los reales edictos y te han sorprendido cometiendo un acto de tal imprudencia?

GUARDIÁN: ¡He aquí la que lo ha hecho! La hemos cogido cuando trataba de dar sepultura al cadáver. Pero, ¿dónde está Creonte?

BANDO: Sale del palacio y llega oportunamente.

*Llega CREONTE.*

CREONTE: ¿Y ahora qué? ¿Por qué es oportuna mi llegada?

GUARDIÁN: Rey, los mortales no deben jurar nada, pues una segunda decisión desmiente a menudo un primer propósito. Reconozco que amedrentado por tus amenazas, me había prometido no volver a poner los pies aquí. Te traigo a esta joven que ha sido sorprendida en el momento en que cumplía los ritos funerarios. La suerte, esta vez, ha aparecido en el momento más oportuno. Y ahora que está ya en tus manos, os pido que me liberéis.

CREONTE: ¿Dónde y cómo has cogido a la que me traes?

GUARDIÁN: Ella misma estaba enterrando el cadáver.

CREONTE: ¿Cómo ha sido todo?

GUARDIÁN: Cuando llegué, barrimos todo el polvo que cubría al muerto y dejamos el cadáver al descubierto. Al mediodía una tromba de viento devastó todo el follaje del bosque y oscureció el cielo. Aguantamos con los ojos abiertos aquel azote enviado por los dioses. Cuando la calma volvió, vimos a esta joven proferir maldiciones contra los autores de esa iniquidad. Lamentándose, con sus manos recogió en seguida polvo seco y luego, con una jarra de bronce bien cincelado, fue derramando sobre el difunto tres libaciones<sup>1</sup>. Al ver esto, nos lanzamos sobre ella enseguida.

CREONTE: *(Dirigiéndose a ANTÍGONA)* ¡Oh! Tú, tú que bajas la frente hacia la tierra, ¿confirmas o niegas haber hecho lo que éste dice?

ANTÍGONA: Lo confirmo.

CREONTE: *(Al CENTINELA)* Libre de la grave acusación que pesaba sobre tu cabeza, puedes ir ahora a donde quieras.

*El CENTINELA se va.*

CREONTE: *(A ANTÍGONA)* ¿Conocías la prohibición que yo había promulgado?

ANTÍGONA: Sí. Fue públicamente proclamada.

---

<sup>1</sup> La libación *(del latín libatio, griego λοιπή ο σπονδή)* es un ritual religioso o ceremonia de la antigüedad que consistía en la aspersion de una bebida en ofrenda a un dios. Los líquidos ofrecidos en las libaciones eran variados, normalmente de vino sin mezclar, leche, miel, aceite y otros líquidos, incluso agua pura, que se vertían en el suelo.

CREONTE: ¿Y has osado, a pesar de ello, desobedecer mis órdenes?

ANTÍGONA: Sí, porque no es Zeus quien ha promulgado para mí esta prohibición, ni tampoco Niké<sup>1</sup>, compañera de los dioses subterráneos, la que ha promulgado semejantes leyes a los hombres; Creo que tu decreto, como mortal que eres, no tiene primacía sobre las leyes de los dioses. No son de hoy ni de ayer esas leyes; existen desde siempre y nadie sabe a qué tiempos se remontan.

No tenía, pues, por qué temer castigo de los dioses por haber infringido tus órdenes. Sabía muy bien, aun antes de tu decreto, que tenía que morir, y ¿cómo ignorarlo? Si debo morir antes de tiempo, declaro que a mis ojos esto tiene una ventaja. ¿Quién es el que, teniendo que vivir como yo en medio de innumerables angustias, no considera más ventajoso morir? Por tanto, la suerte que me espera y tú me reservas no me causa ninguna pena. Hubiera sido inmenso mi pesar si mi hermano quedase sin sepultura. Lo demás me es indiferente.

Si, a pesar de todo, te parece que he obrado como una insensata, bueno será que sepas que es quizás un loco quien me trata de loca.

BANDO: En esta naturaleza inflexible se reconoce a la hija del indomable Edipo. No ha aprendido a ceder ante la desgracia.

CREONTE: Has de saber que esos espíritus demasiado inflexibles son entre todos los más fáciles de abatir, y que el hierro, que es tan duro, cuando la llama ha aumentado su dureza, es el metal que con más facilidad se puede quebrar y hacerse pedazos. El orgullo sienta mal a quien no es capaz de contenerlo.

No sólo infringes la ley que he promulgado sino que te vanaglorias de ello. Que seas o no hija de mi hermana no cambiará las cosas.

Ahora llamad a Ismena. Hace un rato la he visto alocada y fuera de sí. Frecuentemente las almas que en la sombra maquinan un acto reprobable, suelen traicionarse antes de la ejecución de sus actos.

ANTÍGONA: Ya me has cogido. ¿Quieres algo más que matarme?

---

<sup>1</sup> En la mitología griega, **Niké o Nice** (*en griego Νίκη*) era la diosa de la victoria. Se le representaba a menudo como una pequeña escultura alada en la mano de otro dios más importante, como Zeus o Atenea.

CREONTE: Nada más; teniendo tu vida, tengo todo lo que quiero.

ANTÍGONA: Pues, entonces, ¿a qué esperas? Tus palabras me disgustan y ojalá me disgusten siempre, ya que a ti mis actos te son odiosos.

Todos los que sepan de esto me colmarían de elogios si el miedo no encadenase sus lenguas. Pero los tiranos cuentan entre sus ventajas la de poder hacer y decir lo quieren.

CREONTE: Tú eres la única entre los cadmeos<sup>1</sup> que ve las cosas así.

ANTÍGONA: Ellos las ven como yo; pero ante ti, sellan sus labios.

CREONTE: Y tú, ¿cómo no enrojeces de vergüenza de disentir de ellos?

ANTÍGONA: No hay motivos para enrojecer por honrar a los que salieron del mismo seno.

CREONTE: ¿No era también tu hermano el que murió combatiendo contra el otro?

ANTÍGONA: Era mi hermano de padre y de madre.

CREONTE: ¿Y por qué hacer honores al uno que resultan impíos para con el otro?

ANTÍGONA: No murió como su esclavo, sino como su hermano.

CREONTE: Sin embargo, el uno assolaba esta tierra y el otro luchaba por defenderla.

ANTÍGONA: Hades<sup>2</sup> quiere igualdad de leyes para todos.

CREONTE: Pero al hombre virtuoso no se le debe igual trato que al malvado.

ANTÍGONA: ¿Quién sabe si esas máximas son santas allá abajo?

CREONTE: No; nunca un enemigo mío será mi amigo después de muerto.

ANTÍGONA: No he nacido para compartir el odio, sino el amor.

---

**1** **Habitantes de Cadmea o Cadmeia**, la ciudadela de la antigua ciudad de Tebas, nombrada así por el legendario fundador fenicio de Tebas, Cadmo. En la obra son los propios ciudadanos de Tebas.

**2** En la mitología griega **Hades** (*en griego antiguo* Ἅδης *Hadēs*, *originalmente* Ἄϊδης *Haidēs* o Ἄϊδης *Aīdēs* —*dórico* Ἄϊδας *Aidas*—, ‘*el invisible*’) alude tanto al antiguo inframundo griego como al dios de éste.

CREONTE: Ya que tienes que amar, baja, pues, bajo tierra a amar a los que ya están allí. En cuanto a mí, mientras viva, jamás una mujer me mandará.

*Se ve llegar a ISMENA. Se sitúa al fondo.*

BANDO: Pero he aquí que en palacio está Ismena, dejando correr lágrimas de amor por su hermana. Una nube de dolor que pesa sobre sus ojos ensombrece su rostro enrojecido, y baña en llanto sus mejillas.

*Entra ISMENA.*

CREONTE: ¡Oh tú que, como una víbora, arrastrándose cautelosamente en mi hogar, bebías, sin yo saberlo, mi sangre en la sombra! ¡No sabía yo que criaba dos criminales dispuestas a derribar mi trono!

Vamos, habla, ¿vas a confesar tú también haber participado en los funerales, o vas a jurar que no sabías nada?

ISMENA: Sí, soy culpable, si mi hermana me lo permite; cómplice soy suya y comparto también su pena.

ANTÍGONA: Pero la Justicia no lo permitirá, has rehusado seguirme y yo no te he asociado a mis actos.

ISMENA: Pero en la desgracia en que estás no me avergüenza asociarme al peligro que corres.

ANTÍGONA: Hades y los dioses infernales saben quiénes son los responsables. Quien me ama sólo de palabra, no es amiga mía.

ISMENA: Hermana mía, no me juzgues indigna de morir contigo y de haber honrado al difunto.

ANTÍGONA: Guárdate de unirme a mí muerte y de atribuirte lo que no has hecho. Bastará que muera yo.

ISMENA: Y ¿qué vida, abandonada de ti, puede serme aún apetecible?

ANTÍGONA: Pregúntaselo a Creonte, que tanta solicitud te inspira.

ISMENA: ¿Por qué quieres afligirme así, sin provecho alguno para ti?

ANTÍGONA: Si te mortifico, ciertamente no es sin dolor.



- ISMENA: ¿No puedo al menos ahora pedirte algún favor?
- ANTÍGONA: Salva tu vida; no te envidio al conservarla.
- ISMENA: ¡Malhaya mi desgracia! ¿No podría yo compartir tu muerte?
- ANTÍGONA: Tú has preferido vivir; yo en cambio, he escogido morir.
- ISMENA: Pero al menos te he dicho lo que tenía que decirte.
- ANTÍGONA: Sí, a unos les parecerán sensatas tus palabras; a otros, las mías.
- ISMENA: Sin embargo, la falta es común a ambas.
- ANTÍGONA: Tranquilízate. Tú vives; pero mi alma está muerta desde hace tiempo y ya no es capaz de ser útil más que a los muertos.
- CREONTE: Estas dos muchachas, lo aseguro, están locas. Una acaba de perder la razón; la otra la había perdido desde el día en que nació.
- ISMENA: Es que, ¡oh rey!, la razón con que la Naturaleza nos ha dotado no persiste en un momento de desgracia excesiva, y en ciertos casos, aun el más cuerdo acaba por perder el juicio.
- CREONTE: El tuyo, seguramente, se perdió cuando quisiste ser cómplice de unos malvados.
- ISMENA: Sola y sin ella, ¿qué será para mí la vida?
- CREONTE: No hables más de ella, pues ya no existe.
- ISMENA: ¿Vas a matar a la prometida de tu hijo?
- CREONTE: Hay otros surcos donde poder labrar.
- ISMENA: No era eso lo que entre ellos se había convenido.
- CREONTE: No quiero para mis hijos mujeres malvadas.
- ISMENA: ¡Oh Hemón bien amado! ¡Cuán gran desprecio siente por ti tu padre!
- CREONTE: Me estáis resultando insoportables tú y esas bodas.
- BANDO: ¿Verdaderamente privarás de ésta a tu propio hijo?

CREONTE: Es Hades, no yo, quien ha de poner fin a esas nupcias.

ISMENA: ¿De modo que, según parece, su muerte está ya decidida?

CREONTE: Tú lo has dicho. Que no se retrase más. Esclavos, llevadlas al palacio. Es preciso que queden bien sujetas, de modo que no tengan ninguna libertad. Que los valientes, cuando ven que Hades amenaza su vida, intentan la huida.

*Unos esclavos se llevan a ANTÍGONA e ISMENA. CREONTE se queda.*

## CUADRO SEXTO

CORO: Dichosos aquellos cuya vida ha pasado sin probar los frutos de la desgracia. Porque cuando un hogar sufre los embates de los dioses, el infortunio se ceba en él sin tregua sobre toda su descendencia.

«Una generación no libera a la siguiente. Hoy que la luz de una esperanza se distinguía en la casa de Edipo para sus últimos retoños, he aquí que un polvo sangriento ofrecido a los dioses infernales, unas palabras poco sensatas, y el espíritu ciego y vengativo de un alma, han extinguido esa luz. Para el hombre esta ley inmutable prevalecerá por toda la eternidad, y regirá, como en el pasado, en el presente y en el porvenir; en la vida de los mortales nada grave ocurre sin que la desgracia se mezcle en ello. Un sabio dijo un día estas célebres palabras: «El mal se reviste con el aspecto del bien para aquel a quien un dios empuja a la perdición; entonces sus días no están por mucho tiempo al abrigo de la desgracia».

*HEMÓN entra por la puerta central.*

BANDO: Pero he aquí a *Hemón*, el menor de tus hijos. Viene afligido por la suerte de su joven prometida, Antígona, con quien debía desposarse.

CREONTE: Hijo mío, al saber de la suerte irrevocable de tu futura esposa, ¿llegas ante tu padre transportado de furor o te soy igualmente querido?

HEMÓN: Padre, te pertenezco. Tus sabios consejos me gobiernan, y estoy dispuesto a seguirlos. Para mí, padre, ningún himeneo<sup>1</sup> es preferible a tus justas decisiones.

---

<sup>1</sup> En la mitología griega **Himeneo** (*en griego antiguo* Ἠμέναιος), también llamado Himen, era un dios de las ceremonias de matrimonio, inspirador de las fiestas y las canciones.

**CREONTE:** Esta es ciertamente, hijo mío, la norma de conducta que ha de seguir tu corazón: todo debe pasar a un segundo término ante las decisiones de un padre. No pierdas, pues, jamás hijo mío, por atractivos del placer a causa de una mujer, los sentimientos que te animan, porque has de saber que es muy frío el abrazo que da en el lecho conyugal una mujer perversa. Pues ¿qué mal puede ser peor que una compañera perversa? Rechaza, pues, a esa joven como si fuera un enemigo, y déjala que se busque un esposo en el Hades.

Ya que la he sorprendido en evidente delito de desobediencia, no he de sentar plaza de inconsecuente a los ojos del pueblo, y la mataré. Por tanto, que implore a Zeus, el protector de la familia; porque si he de tolerar la rebeldía de mis deudos, ¿qué podría esperar de quienes no lo son, de los extraños? «Quienquiera que sepa gobernar bien a su familia, sabrá también regir con justicia un Estado. Por el contrario, no saldrá jamás de mis labios una palabra de elogio para quien se propase en quebrantar las leyes. Se debe obediencia a aquel a quien la ciudad colocó en el trono, tanto en lo grande como en lo pequeño; en las que son justas como en las que pueden no serlo. De un hombre así no puedo dudar que sabrá mandar tan bien como ejecutar las órdenes que reciba, y cuando tenga que afrontar la batalla, será un valeroso soldado que permanecerá firme en su puesto. No hay peste mayor que la desobediencia; ella devasta las ciudades, trastorna a las familias y empuja a la derrota las lanzas aliadas. En cambio, la obediencia es la salvación de pueblos que se dejan guiar por ella. Es mejor, si es preciso, caer por la mano de un hombre, que ser vencidos por una mujer.

**BANDO:** En lo que nos concierne, si la edad no nos engaña, nos parece que has estado razonable en lo que acabas de decir.

**HEMÓN:** Padre: los dioses, al dar la razón a los hombres, les dieron el bien más grande de todos los que existen. No puedo ni sabría decir que tus palabras no sean razonables. Pero otros también son capaces de decir palabras sensatas. En todo caso, mi situación me coloca en condiciones de poder observar mejor que tú todo lo que se dice, todo lo que se hace y todo lo que se murmura en contra tuya. Los ciudadanos temen demasiado tu mirada. Pero a mí me es fácil escuchar en la sombra cómo la ciudad compadece a esa joven por no consentir que a su hermano muerto se le prive de sepultura...

Para mí, tu prosperidad, padre, es el bien máspreciado. No te obstines, pues, en mantener como única opinión sólo la tuya. Todos los que creen que poseen una inteligencia, una elocuencia o un genio superior al de los demás, muestran sólo la desnudez de su alma. A un hombre, por muy sabio que sea, no debe causarle ninguna vergüenza aprender de otros.

Cede, pues, en tu cólera y modifica tu decisión. Si a pesar de mi juventud soy capaz de darte un buen consejo, considero que el hombre que posee experiencia aventaja en mucho a los demás; pero como difícilmente se encuentra a una persona dotada de esa experiencia, bueno es aprovecharse de los consejos prudentes que nos dan los demás.

**BANDO:** Rey, conviene, cuando se nos da un consejo oportuno, tenerlo en cuenta. Tú escucha también a tu padre. ¡Tanto el uno como el otro habéis hablado bien!

**CREONTE:** ¿Es que a nuestra edad tendremos que aprender prudencia de un hombre de sus años?

**HEMÓN:** Aunque sea joven, no es mi edad, son mis consejos los que hay que tener en cuenta.

**CREONTE:** ¿Y tu consejo es que honremos a los promotores de desórdenes?

**HEMÓN:** Nunca te aconsejaré rendir homenaje a quienes se conducen mal.

**CREONTE:** Pues esta mujer, ¿no ha sido sorprendida cometiendo una mala acción?

**HEMÓN:** No; al menos así lo dice el pueblo de Tebas.

**CREONTE:** ¡Cómo! ¿Ha de ser la ciudadanía la que ha de decirme lo que debo hacer?

**HEMÓN:** ¿No te das cuenta de que acabas de hablar como un hombre demasiado joven?

**CREONTE:** ¿Es que incumbe a otro que a mí el gobernar a este país?

**HEMÓN:** No hay ciudad que pertenezca a un solo hombre.

- CREONTE: Pero ¿no se dice que una ciudad es legítimamente del que manda?
- HEMÓN: Únicamente en un desierto tendrías derecho a gobernar solo.
- CREONTE: Está bien claro que te has convertido en el aliado de una mujer.
- HEMÓN: Es por ti por quien me preocupo.
- CREONTE: ¡Y lo haces, miserable, acusando a tu padre!
- HEMÓN: Porque te veo, en efecto, violar la Justicia.
- CREONTE: ¿Es violarla hacer que se respete mi autoridad?
- HEMÓN: Empiezas por no respetarla tú mismo hollando los honores debidos a los dioses.
- CREONTE: ¡Oh, ser impuro, esclavizado por una mujer!
- HEMÓN: Nunca me verás ceder a deseos vergonzosos.
- CREONTE: En todo caso, no hablas más que en favor de ella.
- HEMÓN: Hablo por ti, por mí y por los dioses infernales.
- CREONTE: Jamás te casarás con esa mujer en vida.
- HEMÓN: Ella morirá, pues; pero su muerte acarreará la de otro.
- CREONTE: ¿Me amenazas?
- HEMÓN: ¿Es amenazarte refutar tus poco sensatas decisiones?
- CREONTE: Insensato; vas a pagar con lágrimas tus lecciones de cordura.
- HEMÓN: ¿Es que quieres hablar tú solo, sin escuchar nunca a nadie? Si no fueras mi padre, diría que desvarías.
- CREONTE: ¿De veras? Pues bien, por el Olimpo<sup>1</sup>, has de saber que no tendrás motivo para regocijarte por haberme dirigido reproches ultrajantes. ¡Qué traigan aquí a esa mujer odiosa! ¡Que muera al instante en presencia de su prometido!

---

<sup>1</sup> Para la mitología griega el **Olimpo** era el hogar de los dioses olímpicos, los principales dioses del panteón griego, presididos por Zeus. Los griegos creían que en él había construido mansiones de cristal en la que moraban los dioses.

HEMÓN: No; de ninguna manera en mi presencia. Y, en cuanto a ti, te digo que tampoco tendrás ya jamás mi cara ante tus ojos. Te dejo desahogar tu locura con aquellos amigos tuyos que a ello se presten (*se va*).

BANDO: Rey, ese hombre se ha ido despechado y encolerizado. Para un corazón de esa edad, la desesperación es terrible.

CREONTE: Que se marche y que presuma de ser todo un hombre. Jamás arrancará a esas dos muchachas de la muerte.

BANDO: ¿Has decidido, pues, matarlas a las dos?

CREONTE: Perdonaré a la que no tocó al muerto; tienes razón.

BANDO: Y ¿de qué muerte quieres que perezca la otra?

CREONTE: La llevaré por un sendero estrecho y abandonado y la encerraré viva en una caverna, sin más alimento que el mínimo necesario. Evitaré el sacrilegio y preservaré de esa mancha a la ciudad. Allí, implorando a Hades, el único dios al que ella adora, obtendrá quizás de él escapar a la muerte, o, cuando menos, aprenderá que rendir culto a los muertos es una cosa superflua (*se va*).

## CUADRO SÉPTIMO

CORO: Eros<sup>1</sup>, invencible Eros, tú que te abates sobre los seres de quien te apoderas y que durante la noche te posas sobre las suaves mejillas de las doncellas; tú, que vagabundeas por la extensión de los mares y frecuentas los cubiles en que las fieras se guarecen, nadie entre los Inmortales puede escapar de ti, nadie entre los hombres de efímera existencia sabría evitarte; tú haces perder la razón al que posees. «Hasta los corazones de los mismos justos los haces injustos y los llevas a la ruina. Por ti acaba de estallar este conflicto entre seres de la misma sangre. Triunfa radiante el atractivo que provocan los ojos de una doncella, cuyo lecho es deseable, y tu fuerza equivale al poder que mantiene las eternas leyes del mundo. Pues Afrodita<sup>2</sup>, diosa irresistible, se burla de nosotros.

*Aparece ANTÍGONA conducida por centinelas y con las manos atadas.*

---

<sup>1</sup> En la mitología griega, **Eros** (*en griego antiguo "Ερως*) era el dios primordial responsable de la atracción sexual, el amor y el sexo, venerado también como un dios de la fertilidad

<sup>2</sup> **Afrodita** (*en griego antiguo, Ἀφροδίτη*) es, en la mitología griega, la diosa de la lujuria, la belleza, la sexualidad y la reproducción.

**BANDO:** Ahora, al ver lo que estoy viendo, me siento inclinado a desobedecer y no puedo retener la tristeza al contemplar cómo Antígona avanza hacia el lecho, el lecho nupcial en que duermen la vida los humanos.

**ANTÍGONA:** ¡Oh ciudadanos de mi patria! ¡Vedme emprender mi último camino y contemplar por última vez la luz del Sol! ¡Nunca lo volveré a ver! Pues Hades, que a todos los seres adormece, me lleva viva a las riberas del Aqueronte<sup>1</sup>, que se convertirá en mi propio esposo.

**BANDO:** Pero te vas hacia el abismo de los muertos revestida de gloria y de elogios, sin haber sido alcanzada por las enfermedades ni sometida por una espada victoriosa; sola entre todos los mortales, por tu propia voluntad, libre y viva, vas a bajar al Hades.

**ANTÍGONA:** ¡Te burlas de mí! ¿Por qué ultrajarme viva sin esperar a mi muerte? ¡Oh, patria! ¡Oh, afortunados habitantes de mi ciudad! ¡Fuentes de Dircé<sup>2</sup> y bosque sagrado de Tebas, la de los hermosos carros! ¡Sed vosotros testigos de cómo sin ser llorada por mis amigos y en nombre de qué nuevas leyes me dirijo hacia el calabozo bajo tierra que me servirá de insólita tumba! ¡No habitaré ni entre los hombres ni entre las sombras, y no seré ni de los vivos ni de los muertos!

**BANDO:** Te has estrellado contra el trono elevado de la Justicia. Expías, sin duda, alguna falta ancestral.

**ANTÍGONA:** ¡Qué pensamientos amargos has despertado en mí al recordarme el destino de mi padre, la ruina que cayó sobre nosotros, el famoso destino de las Labdácidas<sup>3</sup>! ¡Oh fatal himeneo materno! ¡De qué padres, desgraciada, nací! Voy hacia ellos ahora.

---

**1** El río **Aqueronte** o **Aquerón** (en griego antiguo *Ἀχέρων* *Akhérôn*, 'temible') está situado en el Epiro, región noroccidental de Grecia. Aqueronte puede traducirse como 'río de la tragedia' y se creía que era una bifurcación del río del inframundo Aqueronte, por el que en la mitología griega, Caronte llevaba las almas de los recién fallecidos hasta el Hades. Aqueronte era uno de los cinco ríos del Inframundo.

**2** En la mitología griega **Dircé** era una ninfa, esposa de Lico y sacerdotisa del dios Dioniso.

**3** **Lábdaco** (en griego *Λάβδακος*, 'cojo') es un personaje de la mitología griega, rey de Tebas, padre de Layo y abuelo de Edipo.

La afrenta del rey Lábdaco inicia el ciclo tebano de maldiciones y castigo que escribieron Esquilo y Sófocles. El primero a través de Los siete contra Tebas y el segundo con sus obras Edipo rey, Edipo en Colono y Antígona. El rey Lábdaco provoca la hamartia (*maldición*) entre su descendencia al negarse a realizar los ritos que demanda el dios Dioniso. Las Bacantes, sacerdotisas del dios, enfurecidas por su osadía, lo sentencian a muerte y lanzan una maldición contra los miembros de su *gens* (*tribu*), los labdácidas.

**BANDO:** Es ser piadoso sin duda honrar a los muertos; pero el que tiene la llave del poder no puede tolerar que se viole ese poder. Tu carácter altivo te ha perdido.

**ANTÍGONA:** Sin que nadie me llore, sin amigos, sin cantos nupciales. Nadie llorará sobre mi suerte; ningún amigo se lamentará por mí.

*Entra CREONTE*

**CREONTE:** *(A los guardianes que conducen a ANTÍGONA)* Llevadla sin demora. Encerradla, como he dicho, en aquella cueva abovedada. Dejadla allí sola, abandonada; que se muera, o que permanezca viva, sepultada bajo ese techo. Nosotros quedaremos exentos de culpa, en lo que a la joven se refiere, de la mancha de su muerte; pero lo cierto es que ella habrá terminado de habitar con los que viven en la Tierra.

**ANTÍGONA:** ¡Voy a juntarme con casi todos los míos, a quienes Perséfone ya ha recibido entre las sombras! ¡Allí mi llegada será grata a mi padre (mi querido padre); grata a ti, madre mía, y grata a ti también, hermano mío, bien amado! ¿Qué ley divina he podido transgredir? ¿De qué me sirve, infortunada, elevar todavía mi mirada hacia los dioses? ¿Qué ayuda puedo invocar, ya que el premio de mi piedad es ser tratada como una impía? Si la suerte que me aflige es justa a los ojos de los dioses, acepto sin quejarme el crimen y la pena; pero si los que me juzgan lo hacen injustamente, ojalá tengan ellos que soportar más males que los que me hacen sufrir inicualemente.

**BANDO:** Las mismas tempestades que agitaban su alma la atormentan aún.

**CREONTE:** Por eso va a costar lágrimas a los que la conducen con tanta lentitud.

**ANTÍGONA:** ¡Oh ciudad de mis padres en el país tebano! Y vosotros, dioses de mis padres, ya me están llevando. Nada espero. ¡Ved, jefes tebanos, a la última de las hijas de vuestros reyes! ¡Ved qué ultrajes sufro y por qué manos los padezco, por haber respetado la religión de los Muertos!

*ANTÍGONA es llevada lentamente por los guardias.*



## CUADRO OCTAVO

CORO: Dánae<sup>1</sup> también sufrió una suerte semejante cuando se vio obligada a despedirse de la claridad del cielo en su prisión de bronce; encerrada en una tumba, que fue su lecho nupcial, fue sometida al yugo de la Necesidad. Era, sin embargo, de ilustre origen, y en su seno conservaba la semilla de Zeus. «Pero el poder del Destino es terrible, y ni la opulencia ni Ares ni las torres de las murallas ni los oscuros navíos batidos por las olas, pueden esquivarlo.

También fue encadenado el hijo impetuoso de Driante<sup>2</sup>, el rey de los Edones<sup>3</sup>, quien, en castigo de sus violentos arrebatos, fue encerrado por Dioniso en una prisión de piedra. Y así purgó la terrible violencia de su exuberante locura. El reconoció que era insensato atacar al dios con insolentes palabras, pues intentaba poner término al delirio de las Bacantes<sup>4</sup> y apagar el báquico fuego y provocó a las Musas, amigas de las flautas.

Viniendo de las rocas Cianeas<sup>5</sup>, entre los dos mares, se encuentran la ribera del Bósforo y la inhospitalaria Salmideso<sup>6</sup> de los tracios. Ares, adorado en estos lugares, vio la cegadora y maldita herida que a los dos hijos de Fineo<sup>7</sup> infligió su feroz madrastra al reventar en sus ojos las órbitas odiadas, armada no de una espada, sino con la punta de una lanzadera y con ayuda de sus manos sanguinarias. Los desgraciados, en el paroxismo de sus dolores deploraban la desgracia de su suerte y el fatal himeneo de la madre de la que habían nacido.

---

**1** En la mitología griega, **Dánae** (en griego Δανάη, 'sedienta') era una hija de Acrisio, rey de Argos y Eurídice, hija de Lacedemón. Fue madre de Perseo con Zeus. A veces se le acreditaba la fundación de la ciudad de Ardea en el Lacio.

**2** **Driante**, rey de los Edones (3). Padre de Licurgo, gran legislador espartano.

**3** **Los Edones** (o *Edoni*, *Edonios*, *Edónides*, griego antiguo *Ἔδωνοί*) eran un pueblo tracio que vivió principalmente entre los ríos Nesto y el Estrimón, al sur de Tracia, pero también habitaron al oeste del Estrimón al menos hasta el río Axio. Los edones habitaban al norte del monte Pangeo, en el valle del río Angites. Habitaron en la región de Migdonia antes de que hordas macedonias les expulsaran. Hubo bastantes ciudades edonias, como Drabesco y Mircino.

**4** **Las bacantes** (*Βάκχαι*) eran mujeres griegas adoradoras del dios Baco, conocido también como Dioniso o Bromio.

**5** En la mitología griega, las **Rocas Cianeas**, también conocidas como Simplégades o Rocas coincidentes, eran un par de escollos que flotaban y entrechocaban aleatoriamente.

**6** **Salmideso** era una ciudad de Tracia.

**7** En la mitología griega, **Fineo** era el rey de Tracia. Existen diversas leyendas acerca de él, pero la más corriente es que Fineo tenía dotes de adivino y sacrificó su vista para obtener la larga vida. Helios, indignado por este hecho, le envió las Harpías para que lo atormentaran retirándole o ensuciándole la comida cada vez que trataba de comerla.

Esta, sin embargo, descendía de la antigua raza de los Eréctidas. Había crecido en los antros lejanos en medio de las tempestades que desencadenaba su padre Bóreas<sup>2</sup>; rápida como un corcel, recorría la montaña escarpada por el hielo esta hija de los dioses. Pero las Furias inmortales le habían hecho, blanco de sus tiros, hija mía. ¡Silencio!

*Llega TIRESIAS de la mano de un niño.*

TIRESIAS: Jefes de Tebas, hemos hecho juntos el camino, ya que el uno ve por el otro; pues los ciegos no pueden andar sino guiados.

CREONTE: ¡Oh anciano Tiresias! ¿Qué hay de nuevo?

TIRESIAS: Voy a decírtelo y tú obedecerás al adivino.

CREONTE: Nunca hasta ahora desatendí tus consejos.

TIRESIAS: Y por eso gobiernas rectamente esta ciudad.

CREONTE: Reconozco que me has dado útiles consejos.

TIRESIAS: Pues es preciso que sepas que la Fortuna te ha puesto otra vez sobre el filo de la navaja.

CREONTE: Me conmuevo al pensar qué palabras van a salir de tus labios.

TIRESIAS: Las que vas a oír y que los signos de mi Arte me han proporcionado. Estaba en mi viejo asiento augural, desde donde observo todos los presagios, cuando de repente oí los extraños graznidos de aves, furiosos e ininteligibles; advertí en seguida, por el retumbante batir de sus alas, que con sus garras y picos se despedazaban unas a otras.

Espantado, en el acto recurrí al sacrificio del fuego sobre el altar. Pero la llama no brillaba encima de las víctimas; la grasa de los muslos se derretía y goteaba sobre la ceniza, humeaba y chisporroteaba; la hiel se evaporaba en el aire y quedaban los huesos de los muslos desprovistos de su carne. He aquí, lo que me comunicaba este niño: los presagios no se manifestaban; el sacrificio no daba signo alguno: él es para mí un guía, como yo lo soy para otros. Y esa desgracia que amenaza a la ciudad es por culpa tuya.

---

<sup>1</sup> Bóreas (en griego Βορέας, 'viento del norte' o 'devorador') era, en la mitología griega, el dios del frío viento del Norte que traía el invierno. Bóreas era muy fuerte y tenía un violento carácter a la par. A menudo era representado como un anciano alado con barbas y cabellos desgreñados, llevando una caracola y vistiendo una túnica de nubes. Su equivalente romano es el dios Aquilón.

Nuestros altares y nuestros hogares sagrados están todos repletos con los pedazos que las aves de presa y los perros han arrancado al cadáver del desgraciado hijo de Edipo. Por eso los dioses no acogen ya las plegarias de nuestros sacrificios ni las llamas que ascienden de los muslos de las víctimas; ningún ave deja oír gritos de buen augurio, pues todas están hartas de sangre humana.

¡Hijo mío, piensa en todos esos presagios! Común es a todos los hombres el error; pero cuando se ha cometido una falta, el persistir en el mal en vez de remediarlo es sólo de un hombre desgraciado e insensato. La terquedad es madre de la tontería. Cede, pues, ante un muerto, y no agujonees ya al que ha dejado de existir.

¿Qué valor supone matar a un muerto por segunda vez? Movido de mi devoción por ti, te aconsejo bien; no hay nada más grato que escuchar a un hombre que solamente habla en provecho nuestro.

CREONTE: Anciano, venís todos como arqueros contra el blanco y disparáis vuestras flechas contra mí. Y ni siquiera me habéis ahorrado el arte adivinatorio. En cuanto a mi familia, hace tiempo me ha expedito y vendido como una mercancía. Enriqueceos, si es eso lo que queréis, ganad traficando con todos los metales de Sardes<sup>1</sup>, con todo el oro que hay en la India; pero jamás pondréis a Polinice en la tumba. Sé muy bien además que ningún hombre tiene el poder de contaminar a los dioses. ¡Oh anciano Tiresias! Los hombres más hábiles se exponen a vergonzosas claudicaciones cuando tienen como cebo el lucro que les hace dar curso a las más vergonzosas peroratas.

TIRESIAS: ¡Ay! ¿Es que hay alguien que sepa, hay alguien que conciba...?

CREONTE: ¿De qué estás hablando? ¿Qué quieres insinuar?

TIRESIAS: Que la prudencia es la mejor de todas las riquezas.

CREONTE: También digo yo que la demencia es el más grande de los males.

TIRESIAS: Pues ése es precisamente el mal que te aqueja.

CREONTE: No quiero devolver a un adivino injuria por injuria.

TIRESIAS: Sin embargo, así lo haces, tachando mis predicciones de imposturas.

---

<sup>1</sup> **Sardes**, en otros idiomas Sardis (*griego antiguo* αἱ Σάρδεις, *en jónico* Σάρδιες, *forma contraída* Σάρδις, *lidio* Sfard, *persa* Sparda) fue una antigua ciudad de Asia Menor fundada por el rey lidio Giges (680-644 AC) como capital del antiguo reino de Lidia.

CREONTE: La especie de los adivinos es ávida de dinero.

TIRESIAS: Y la de los tiranos gusta de las adulaciones vergonzosas.

CREONTE: ¿Te das cuenta de que tus palabras van dirigidas a tu rey?

TIRESIAS: Lo sé, pues ha sido gracias a mí cómo has salvado a la ciudad.

CREONTE: Eres hábil adivino pero te estás dando el gusto de mostrarte injusto.

TIRESIAS: Me obligarás a decir lo que hubiera querido guardar en mi corazón.

CREONTE: Descúbrelo; pero que no sea la codicia la que te inspire.

TIRESIAS: ¿De modo que crees verdaderamente que, al hablarte así, lo hago sólo movido por el interés?

CREONTE: Por ningún precio, tenlo bien entendido, cambiaré la idea.

TIRESIAS: Pues bien, a tu vez es preciso que sepas que las ruedas rápidas del Sol no darán, muchas vueltas sin que un heredero de tu sangre pague su muerte otra muerte; porque tú has precipitado ignominiosamente bajo tierra a un ser que vivía en su superficie y le has obligado a vivir sepulcro, y por añadidura retienes aquí arriba un cadáver lejos de los dioses subterráneos, sin honras fúnebres y sin sepultura. Y tú no tienes derecho a hacer eso; ni tú, ni ninguno de los dioses celestes: es un atropello que cometes; por eso las Divinidades vengadoras que persiguen el crimen, las Erinias<sup>1</sup> del Hades y de los dioses, están al acecho para envolverte en los mismos males que tú has infligido. Y ahora mira si es la codicia la que inspira mis palabras. Se aproxima la hora en que lamentaciones de hombres y mujeres llenarán tu palacio. Contra, ti se concilian como enemigos todas las ciudades en las que las aves de anchas alas, las fieras o los perros han llevado restos despedazados de los cadáveres y un olor inmundos hasta los hogares de esos muertos. Tales son los dardos que en mi cólera, ya que me has irritado, he lanzado como un arquero infalible contra tu corazón, y cuyas sangrantes heridas no podrás evitar.

---

<sup>1</sup> En la mitología griega, las Erinias (*en griego antiguo* Ἐρινύες *Erinúes*, de etimología desconocida) eran personificaciones femeninas de la venganza que perseguían a los culpables de ciertos crímenes. También se las llamaba Euménides (*en griego antiguo* Εὐμενίδες, 'benévolas'), antífrasis utilizada para evitar su ira cuando se pronunciaba su verdadero nombre. Según la tradición, este nombre se habría empleado por primera vez tras la absolución de Orestes por el Areópago (descrita más adelante), y más tarde se usó para aludir al lado benigno de las Erinias.

*(Dirigiéndose a su lazarillo)* Tú, niño, vuelve a llevarme a mi hogar. En cuanto a él que descargue su cólera en gentes más jóvenes que yo, que aprenda a mantener su lengua más tranquila y a acariciar en su corazón sentimientos más nobles que los que acaba de expresar ahora.

*TIRESIAS y el niño se retiran. El CORO está aterrado. Silencio.*

BANDO: Rey: ese hombre se ha retirado después de haber anunciado cosas espantosas, y yo he visto, desde que cambié mis negros cabellos por, estos blancos que peino ahora, que este adivino jamás predijo a la ciudad oráculos falsos.

CREONTE: También yo lo sé, y mi mente se debate en un mar de confusiones. Es duro ceder; pero no lo es menos resistir y estrellarse contra la desgracia.

BANDO: Es necesario ser prudente, Creonte, hijo de Meneceo.

CREONTE: ¿Qué debo hacer? Dímelo, que yo obedeceré.

BANDO: Ve de prisa, saca a la joven de su prisión subterránea y prepara una sepultura para quien permanece al aire libre.

CREONTE: ¿Eso crees que es lo que debo hacer? ¿Tú quieres que ceda?

BANDO: Sí, rey; y lo más pronto posible. La venganza de los dioses es rápida.

CREONTE: ¡Lo siento! Con gran pena, renuncio a mi resolución; pero, sin embargo, sigo tus indicaciones.

BANDO: Ve, pues; corre, y no fíes el cumplimiento de estos cuidados más que a ti mismo.

CREONTE: Voy al instante yo mismo. Vamos, corred, servidores, los que estáis aquí y los que no estáis; corred con hachas en las manos hasta el lugar arbolado que veis desde aquí.

Y yo, puesto que ya he cambiado de parecer, desde que con mis manos até a Antígona, quiero ir en persona a libertarla. Me temo que no sea lo mejor pasar la vida observando las leyes establecidas.

## CUADRO NOVENO

*Entra un MENSAJERO.*

MENSAJERO: ¡Oh vosotros que habitáis en los alrededores del palacio de Cadmo<sup>1</sup> y el templo de Anfión<sup>2</sup>! No hay vida humana que yo pueda considerar envidiable o digna de lástima mientras el hombre exista. La Fortuna, en efecto, tan pronto ensalza al desgraciado como abate para siempre al dichoso; nadie puede predecir el destino reservado a los mortales. Creonte, hace poco, parecía a mi juicio digno de envidia: había libertado de mano de sus enemigos a esta tierra cadmea; poseía un poder absoluto, gobernaba la comarca entera, y unos hijos nobles eran ornato de su raza. Y ahora ¡todo ha desaparecido!

BANDO: ¿Qué nuevo infortunio de nuestros reyes vienes a anunciarnos?

MENSAJERO: Han muerto, y son los vivos los que los han hecho morir.

BANDO: ¿Quién ha matado? ¿Quién ha muerto? ¡Habla!

MENSAJERO: ¡Hemón ha muerto! Una mano amiga ha derramado su sangre.

BANDO: ¿La mano de su padre o bien la suya propia?

MENSAJERO: Se mató por su mano, enfurecido contra su padre por la muerte que había ordenado.

BANDO: ¡Oh adivino! ¡Tus predicciones se han cumplido sin demora!

MENSAJERO: Ya que así es, conviene pensar en todo lo que puede suceder.

*Se ve a EURÍDICE, que sale por la puerta central.*

---

<sup>1</sup> En la mitología griega, **Cadmo** (*en griego antiguo, Κάδμος*) es hijo de Telefasa y de Agénor, y rey de una tribu de Canaán. Su importancia radica sobre todo en ser el fundador de Cadmea, que posteriormente llegaría a ser Tebas. Se atribuye a Cadmo la introducción del alfabeto en Grecia, al igual que la del arado, la fundición de metales y la agricultura. Hay fuentes que atribuyen a Dánao la introducción del alfabeto.

<sup>2</sup> En la mitología griega **Anfión** (*Ἀμφίων*) es el gemelo de **Zeto** (*Ζήθος*); ambos son hijos de Antíope y Zeus.

A diferencia de otras mitologías, donde los gemelos marcan un carácter distinto entre ellos compensando bondad con maldad, o egoísmo con altruismo, Anfión y Zeto simbolizaron todo lo contrario, fueron un modelo de entendimiento entre hermanos, que en vez de presentar una competencia entre ellos, representaba un ejemplo de compensación: mientras Zeto sobresalía en las labores más rudas y manuales, como por ejemplo la ganadería, Anfión era el lado delicado, aficionado a la música y el Arte.

**BANDO:** Pero veo que se acerca la desgraciada Eurídice, la esposa de Creonte. ¿Sale del palacio porque sabe la muerte de su hijo o por casualidad?

*Entra EURÍDICE.*

**EURÍDICE:** Ciudadanos todos, aquí reunidos; he oído vuestras palabras cuando iba a salir para hacer mis plegarias a la diosa Palas. Iba a abrir la puerta, cuando el rumor de una desgracia doméstica hirió mis oídos. El susto me hizo caer de espaldas en brazos de mis sirvientas, y helada de espanto me desmayé. Pero ¿qué decíais? Repetidme vuestras palabras: no me falta experiencia en desgracias para que pueda oír otras.

**MENSAJERO:** Amada reina: te diré todo aquello de que yo he sido testigo y no omitiré ni una palabra de verdad, que es siempre el camino más derecho. Acompañaba a tu esposo hacia el sitio elevado de la llanura en donde, sin piedad y despedazado por los perros, yacía todavía el cuerpo de Polinice. Allí, después de hacer nuestras plegarias a la diosa de los caminos y a Hades, para que contuviesen su cólera, lavamos el cadáver con *agua lustral*<sup>1</sup> y quemamos los restos que quedaban con ramas de olivo recién cortadas. Por fin con la tierra natal, erigimos un túmulo elevado. Nos encaminamos en seguida hacia ese antro de piedra, cámara nupcial de Hades, en donde se hallaba la joven. Desde lejos uno de nosotros oyó un grito lejano y agudos gemidos que salían de ese sepulcro privado de honras fúnebres y se lo dijo inmediatamente al rey. El, a medida que se aproximaba, percibía acentos confusos de una voz angustiada. De pronto, lanzando un gran grito de dolor, profirió estas desgarradoras palabras: ¡Qué infortunado soy! ¡Id, servidores, corred más de prisa, arrancad la piedra que tapa la boca del antro, penetrad en él y decidme si es la voz de Hemón la que oigo o si me engañan los dioses!» Atendiendo sus órdenes, corrimos y miramos en el fondo de la tumba. Vimos a Antígona colgada por el cuello: un nudo corredizo, que había hecho trenzando su cinturón, la había ahorcado.

---

<sup>1</sup> Llamaban **Agua lustral** al agua en que habían apagado un tizón ardiendo sacado de la hoguera de un sacrificio. Atribuían a esta agua grandes virtudes y se servían de ella muy a menudo en sus ceremonias, rociando al pueblo y otros objetos, al modo que se hace entre nosotros con el agua bendita.

El uso del **Agua lustral** fue conocido de los egipcios, de los hebreos, de los etruscos, de los griegos y de casi todos los pueblos de la antigüedad. La privación de esta agua entre los griegos era una especie de excomuni3n: así es que Edipo, en Sófocles, no quiere que se dé al matador de Layo.

Hemón, desfallecido, la sostenía, abrazado a ella por la cintura; deploraba la pérdida de la que debía haber sido suya, y que estaba ya en la mansión de los Muertos, la crueldad de su padre y el final desastroso de su amor. En cuanto Creonte lo vio, lanzó un ronco gemido, entró a la tumba y se fue derecho hacia su hijo, llamándolo y gritando dolorido: «Desgraciado, ¿qué has hecho? ¿Qué pretendías? ¿Qué desgracia te ha quitado el juicio? Sal hijo mío; tu padre, suplicando te lo ruega». El hijo, entonces, clava en su padre una torva mirada; le escupe a la cara, y desenvaina, sin contestarle, su espada de doble filo y se lanza contra él. Creonte esquivó el golpe hurtando el cuerpo. Entonces, el desgraciado, volviendo su rabia contra sí mismo, sin soltar su espada, se la hundió en el costado, alargando los brazos la mitad de su hoja. Dueño aún de sus sentidos, rodeo a Antígona con sus brazos desfallecidos, y vertiendo un chorro de sangre, enrojeció las pálidas mejillas de la doncella. ¡El desgraciado ha recibido la iniciación nupcial en la mansión de Hades, y demostró a los hombres que la imprudencia es el peor de los males!

*EURÍDICE, enloquecida, se retira.*

**BANDO:** ¿Qué hemos de pensar de esto? La reina, sin decir palabra ni favorable ni nefasta, se ha retirado.

**MENSAJERO:** ¡Yo también estoy aterrado! Me figuro que, informada de la desgracia de su hijo y no considerando decoroso prorrumpir en sollozos a la vista de la ciudad, se ha ido dentro del palacio a anunciar a sus esclavas el luto de su casa y a rogarles que lloren con ella. Es demasiado prudente para cometer una falta.

**BANDO:** ¡No sé, no sé! Pero un silencio demasiado grande me hace presagiar una desgracia inminente, lo mismo que grandes gritos me parecen inútiles.

**MENSAJERO:** Vamos a enterarnos, entrando a palacio, si su corazón irritado no disimula algún secreto designio desconocido; porque, tienes razón, un silencio excesivo es síntoma de tristes presagios.

*El MENSAJERO penetra al palacio. Se ve entrar a CREONTE con un grupo de servidores: trae el cadáver de HEMÓN.*



BANDO: Pero he aquí al rey que llega en persona; trae en sus brazos la evidente señal, si me está permitido expresarme así, no de la desgracia ajena, sino de sus propias culpas.

*CREONTE entra con su séquito.*

CREONTE: ¡Oh irreparables y mortales errores de mi mente extraviada! ¡Oh vosotros que veis al matador y a la víctima de su propia sangre! ¡Oh sentencias llenas de demencia! ¡Ah, hijo mío: mueres en tu juventud, de una muerte prematura, y tu muerte, no ha sido causada por una locura tuya, sino por la mía!

BANDO: ¡Ay, qué tarde me parece que ves la Justicia!

CREONTE: ¡Ay! ¡Por fin la he conocido, desgraciado de mí! Pero un dios, haciendo gravitar el peso de su enojo, descargó sobre mí su mano. ¡Él me ha empujado por rutas crueles, pisoteando mi felicidad!

¡Ay! ¡Ay! ¡Oh esfuerzos vanamente laboriosos de los mortales!

*Del interior del palacio vuelve el MENSAJERO.*

MENSAJERO: ¡Qué serie de desgracias son las tuyas! ¡Oh mi amo! Si de una tienes la prueba innegable en tus brazos, de otras verás el testimonio en tu palacio: pronto tendrás ocasión de verlo.

CREONTE: Y ¿qué males más espantosos pueden acaecerme aún?

MENSAJERO: Tu mujer ha muerto por la herida mortal que acaba de asestarse.

CREONTE: ¡Oh abismos inexorables de Hades! ¿Por qué consumes mi pérdida? Oh tú, mensajero de aflicciones, ¿qué otra nueva me traes? ¡Cuando yo estaba casi muerto vienen a descargarme el golpe mortal!

MENSAJERO: Puedes verla, pues ya no está en el interior.

*La puerta se abre y se ve el cuerpo muerto de EURÍDICE.*

CREONTE: ¡Ah, infeliz de mí! ¡Veo esta otra desgracia! ¡Sostengo en mis brazos a mi hijo que acaba de expirar; y ahí, ante mis ojos, tengo ese otro cadáver! ¡Ay!, ¡oh madre infortunada! ¡Ay!, ¡oh hijo mío!

MENSAJERO: Ante el altar se atravesó con un hierro agudo y cerró sus párpados. Ella, al morir, sólo a ti te imputaba su muerte y la de sus hijos.

CREONTE: ¿De qué modo se dio muerte?

MENSAJERO: Ella misma se hundió una espada debajo del hígado, así que supo el deplorable fin de su hijo.

CREONTE: ¡Ay de mí! ¡Jamás se imputen estas calamidades a otro, pues he sido yo, miserable; sí, yo he sido quien te ha matado, es la verdad! Vamos, servidores, llevadme lejos de aquí; ya no soy nadie, ya no existo.

¡Que llegue, que llegue cuanto antes el más deseado de mis infortunios trayendo el fin de mis días! ¡Que venga!, ¡que llegue, que llegue para que no vea brillar otro nuevo día!

BANDO: Estos votos conciernen al futuro; ahora es del presente del que debemos preocuparnos. Dejemos al cuidado de aquellos que de ello tienen que cuidarse, lo demás que ha de venir.

CREONTE: Pero lo que deseo es lo que en mis súplicas pido.

BANDO: Por el momento no formule ningún voto, pues ningún mortal podrá escapar a las desgracias que le están asignadas por el hado.

CREONTE: Llevaos, y muy lejos, al ser insensato que soy; al hombre, que, sin quererlo, te hizo morir, ¡oh hijo mío, y a ti, querida esposa! ¡Desgraciado de mí! No sé hacia quién de estos dos muertos debo dirigir mi vista, ni a dónde he de encaminarme. Todo cuanto tenía ha caído y una inmensa angustia se abate sobre mi cabeza.

*Se llevan a CREONTE.*

CORO: La prudencia es con mucho la primera fuente de ventura. Las palabras insolentes y altaneras las pagan con grandes infortunios los orgullosos, que no aprenden a tener juicio sino cuando llegan las tardías horas de la vejez.

FINAL